

RASCACIELOS

Enrique Winter

RASCACIELOS

Enrique Winter



Colección



Rascacielos

D. R. © Enrique Winter

Primera edición en México: julio de 2008
Edición conmemorativa, Caja Limón: febrero de 2017

D. R. © Colección Limón partido:
Proyecto Literal
Literatura y Alternativas en Servicios Editoriales S. C.
Av. Universidad 1815 C-205,
Col. Oxtopulco, Coyoacán,
Ciudad de México, 04318.
+52 (55) 5336 1436
editorial@proyectoliteral.com
www.proyectoliteral.com

Consejo editorial: Ingrid Solana, Berenice Granados, Lorena Saucedo, Gema Santamaría, Javier Norambuena, Andrés Márquez, Manuel de J. Jiménez, Itzcoátl Jacinto y Genaro Ruiz de Chávez
Coordinación editorial: Jocelyn Pantoja
Diseño de arte de la colección: Hernán García Crespo

CAJA
TIPOGRAFICA

Cuidado editorial y adaptación a libro electrónico y edición especial: Jorge Varela Jiménez
Portada: Alejandro Meléndez
Adaptación de portada de edición especial: Paulyna Campuzano
Producción editorial: Ana Rodríguez Aldana

ISBN: 978-607-00-0072-0

Se prohíbe la reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento sin la autorización de los editores o el autor.
Impreso en México, febrero de 2017.

Presentación

Toda la poesía, pienso, es de la experiencia, de la carne y de las cosas: la carne y las cosas en su materialidad más rotunda y, por lo tanto, menos aparente, casi secreta.

El “yo” en la poesía de Enrique Winter es problemático en el mejor sentido. Va y viene entre voces y, necesariamente, entre cuerpos. En varios de los poemas de *Rascacielos*, el yo es un tú transcrito, el interlocutor (amigo, familiar, desconocido) que habla con voz propia a través de la voz del poeta. Varios de estos poemas son, así, un diálogo sublimado cuyos ecos llenan el cuarto. Otros más provienen de un yo refractado, que se vuelca e incluso llega lejos subido en el viaje de un “lirismo impersonal”: “Y si uno es su cuerpo: el cielo es más pequeño que los rascacielos”. En este entrecruzamiento de voces subyace una idea importantísima: el ser individual es algo que se resuelve en las multitudes, en las esquinas, en la carne de otros.

En cuanto a las cosas —y esto confirma que la poesía de Winter es poesía de la experiencia—, el autor propone comparaciones a veces disparadas, pero siempre certeras, entre cosas al parecer indiferentes la una a la otra: “Espera un hijo como quien espera el bus / a las cinco de la mañana.” Esta comparación sólo pudo ser dictada por la experiencia de haber visto más de una vez los ojos de una mujer que espera y la experiencia de una madrugada densa en su lentitud. Es a través de las pequeñas cosas o las

inevitablemente ordinarias que el autor habla de los grandes sentimientos y los pensamientos excepcionales.

El verso de Winter me gusta por dos motivos: porque no olvida el origen visceral de la voz y transita por la carne, no sólo por la conciencia; también me gusta porque sus juegos rítmicos “atinan”. Pareciera que en cada verso el autor echa los dados sobre la mesa y obtiene los números que necesita. Sus combinaciones rítmicas tienden a la condensación emocional evitando lo sentimental, y tienden, igualmente, a la ironía de aquél que vive casi completamente desencantado, siendo ese “casi” duro como un diamante de fe repudiada y que aun así permanece; es la ironía de aquél que voltea a su alrededor y cada vez se le rompe el corazón, simplemente porque observa con cuidado.

A cada lector de *Rascacielos* le corresponderá, creo, dar con la verdad del libro. En lo que a mí respecta, la poética de Enrique Winter se erige en la imprecisión moral y emocional, en la sugerencia. Sin embargo, esta misma imprecisión es la que más adecuadamente expresa, define, en su porosidad, lo que somos de repente, al sentir, al decir, al observar, al estar en medio de la vida, entre la carne de otros y las cosas del mundo. Más aun, creo que la forma más verdadera de precisar, explicar, delimitar eso que llamamos experiencia es a través de la poesía como la que aquí entrega Winter, exacta en su imprecisión.

Lorena Saucedo

Ciudad de México, julio de 2008

Arreboles en Quezaltepeque

Llevo el mareo de escolar que espera a su rival del callejón
o del que cuenta con los dedos las décimas de nota que le faltan

los mismos dedos que en las sábanas deshechas buscan ese cuerpo ido
como si el blanco fueran teclas de un piano que resiste

la ducha helada antes del trabajo
cruzando en camioneta por la arena

donde yacen los muertos del partido
recostados y hermosos en su caos

como el naranjo de la tarde pintado por las fábricas
el morado del pómulo escolar y los pañuelos de la despedida

que se enarbolan cual bandera: ser silla firme y mesa
un comedor de multitienda dándose forma con las manos.

Mantra

Con las heridas de los dedos pinto
unos cuadros que compran a buen precio
quienes me las hicieron.

Las manos blancas de Miguel en Brenda

1

Yo, yo que nacería con su nombre
no debí confundirlo al de mi esposa
al besarla. No creo que la asombre
si esquivo su mirada que destroza.

Me llamaron distinto al nacer hombre
y con otra mujer iré a la fosa,
sin ésta ni melena que la alfombra
arrodillada sobre mí y ansiosa.

De la impotencia, coito interrumpido,
vasos quebrados que recojo tuerto,
soy sólo el delator de la torpeza.

Quiero amanecer casto. Lo vivido
me hace temerle a lo que anhelo. Muerto
me parcho el ojo en busca de limpieza.

2

Ella haría el amor aunque su cuerpo no quisiera.
Dice — con todas las semanas que me dejarás sola
cerrarán estas nuevas llagas.

3

Ninguno de los tres marca presente,
la verdad está sobrevalorada.
Calla como jugando a la escondida
y en caso de emergencia rompe el vidrio,
detiene el giro de la tuerca,
la tendencia al desorden que va del vaso al trozo:
tiene dieciséis años, le susurra a Lissette
mientras la cubre con arena
—pasó lo que tenía que pasar, parte el mar nuestra iglesia
y toda iglesia es una cueva, blanda
al golpeteo de las olas—.
El agua se equivoca de ribera
la verdad está sobrevalorada, donde ambas apoyan las rodillas,
ríen y guiñan ojos.

Las salpica el coraje. Invitan la hendidura
y el musgo a las corrientes.

4

Los mares sólo quieren horadarla
rebalsar los costados de la roca
pulirla.

Como ellos, también yo me recojo:
cabizbaja resaca en la mañana siguiente
recolectando vasos, colillas de cigarro.

Los mares hunden surcos en la roca
quiebran y arrepentidos se devuelven
más solos.

Persiguiendo mujeres puerto a puerto
y sólo encuentran miedo.

Un muro es un muro aunque le pinten flores

Un muro es un muro aunque le pinten flores
aunque las pinten nueve
compañeros de La Legua Emergencia
un sábado en la tarde: sus pañuelos, sus barbas,
mientras las lacrimógenas caen como el rocío
en la cuadra siguiente.

Speak no evil

Una familia oscura como tierra
o tres caballos blancos trotando sobre nieve,
calla la arritmia de sus pasos
bajo los tiroteos.

Cada caballo piensa —ayer éramos siete
y no recuerdo cuántos comenzamos.

De potrillo termino el juego solo,
así se gana la escondida—.

Hay viento en la frontera
y los caballos tiemblan al desorden
de un muro bajo, batería y piano
atravesado por la bala
del saxofón de Shorter.

Las patas de los pájaros

Calientes como el universo antes de armar galaxias
y comprimidos como ese universo, cual saco de dormir en la mochila
a punto de estallar
como quien pinta el altiplano mirando al sol de frente
o quien decide mientras corre buscar su muerte en otro sitio;
jugamos a engañarnos,
alzando el velo de otras novias como neblina que al volcán levanta,
la bufanda es el yugo que ha tejido la sobra de cariño y de minutos,
el vapor que madruga en las colinas.
Y recorremos los destrozos, así pisando lava
donde la noche es nuestra lengua y es nuestros dedos,
todo lo que se escapa de nosotros:
el sudor y las lágrimas, el semen
en las piernas delgadas y sin garbo
de flamencos rosados en la altura, picoteando los restos,
doblando el cuello hacia nuestra espalda,
rascándonos la tarde con las uñas de pájaros tan nuevas
como lagos congelados
apareciendo allí donde aleteábamos las aguas.

Brenda en el bus pirata

No puedo salir sola ni en Juárez ni en Laredo
la cuatrocientos quince fue mi hermana.

Nunca he tenido sexo con chavos que estén sobrios
mi mirada derrumba los andamios.

Cargo y descargo bolsos más grandes que diosito
para la cuarta revisión de polis.

Pongo ojos de cuándo volverá mi turista
y cada noche me despido en serio.

Jorge: sostenes, zapatos

Las manecillas del reloj se parecen a un jefe
que se agacha jugando golf, a un padre
o esposa que levanta una mano

cuando avienta la otra.
Va al banco y saca más boletas
de las que necesita.

Trato de hacer más de una cosa, pero
sólo se entienden quienes comparten un oficio,
no se puede esperar nada de quienes

se/ de
di can/ a/ o
tra/ cosa. Es por esto y lo anterior

que cuando me voy, miro el rodoviario
con la esperanza de jamás volver.
El cambio de ciudad esconde,

sólo al viajar por pega uno desaparece:
caminan las estrellas como hormigas
entre los basureros, como barbas

de una ballena cierran las montañas,
el sol es la linterna de un minero
y quema como marca de cigarro.

Viajar: no se recuerda a quien se quiere
(los pasajeros fuman los cigarros),
sino lo que pudo haber sido

con quien se deja de querer.
Tras recorrer dos mil kilómetros,
bajo y abro mi saco de dormir:

allí están los sostenes de mi esposa.
Aplastados al fondo de la ropa
los zapatos me hacen una mueca.

Tres cajas vacías

Filipino, bigote blanco y largo

Ya nadie viene al cementerio, Marco,
a excepción de ti, que hace cinco años
jubilaste y perdiste a un hijo sano.
Hoy barres tumbas como voluntario.

Tres meses sin la regla como los tres semáforos en rojo

Espera un hijo como quien espera el bus
a las cinco de la mañana. Un hijo
que morirá atropellado como Marco Antonio Vidal Parraguez,
muerte de la cual nos enteraremos quince días tarde.
El cuerpo un recipiente de pisco y líquido amniótico,
porque le parece obvio no haberse embarazado:
tres meses sin la regla como los tres semáforos en rojo
que Marco cruzó antes que tumbaran su cara de NN
viviendo mientras tanto.

Cuarenta y cinco años, calvo: treinta y cinco atendiendo
a esta familia que vota por el enemigo y cría
a quien quiere encamarse con la futura madre,
que de las drogas duras va y vuelve al alcohol
como un columpio con un niño.
Tu tenías uno, Marco, pero de eso nunca hablaste.

Dos bajo el par

Se suicida un amigo allá en Colombia
y en la noche de plaza a mi pareja
la bendicen las manos vagabundas
con la caja de vino. Flota mares,
como muerte navega acompañada,
llegó a esta pieza y no se irá tan fácil.
No puedo hacer el amor entre muertos:
Patricio Hernández, profesor de nado,
más Alejandro Galvis, el poeta,
son desde hoy puñado de cenizas,
como las del cigarro que ella apaga
conmigo en los moteles de Santiago.

Diagonal

La cama de dos plazas sin las sábanas
me duerme de costado: corto el colchón en dos triángulos
unidos por el vello. Soy la cadera, el cinturón
de una abertura que se ha ido.

Si se emborracha puede
pasar cualquier delirio, despertarme
sin querer —no era a ti a quien buscaba,
luego de caminar playas, pasillos,
cerrar el baño del motel. Su euforia
nos trata mal, simulo violentarla.

Todos creen que quiere embarazarse.

Cindy Solís, californiana

Como una ardilla caminando
por el tendido eléctrico,
Cindy y su metro y medio: la canción mexicana
que salta de a poquito. Despierta con calzones
naranjos para el novio y no por uno
pero él se fue a Los Ángeles / quedan vacíos por llenarse / me invita
a ver la gira de una banda irlandesa / que descubrió la América
más negra / uno se identifica con la música / imposible no hacerlo.
Prepara quesadillas.
Ve que no queden pelos ni señales.

Flaca y morena de ojos negros, entra al laboratorio,
un subterráneo para la bastilla de sus bluyines gringos
que apenas sustentan la mexicana,
la camiseta y el bretel. Tanto hueso entre los bastidores
y paraguas de luz. El quiebre de los codos y las sombras,
enfoca las dos cámaras:
viene un amigo para la sesión de Judas, para el telón y la escalera.
Le pintará los ojos negros, con rouge le marcará el pecho
—que me pillen aquí es menos grave
que en el departamento que comparte.
Compongo otra canción en su memoria:
—era rugosa y dura por dentro
como calzarse botas de cuero.

En la repisa una culebra que parece ciudad de noche,
bajo el neón dos perros que copulan. Es viernes,
Cindy dejó sus discos viejos:
en los cincuenta ningún novio la llamaría al celular.
Lo apaga en el capítulo doce de “En el Camino”
—yo supe que era ella el personaje. Trajo
olor a cigarros bajo lluvia,
a ardilla caminando por el tendido eléctrico.
Me traduce la moda primavera-verano
en castellano apenas y toca a quienes posan en sus fotos,
que luego cuelgan como adornos en el árbol de pascua.

El filo se esconde en la mudanza

Como está oculto el filo
en la baldosa y en los platos.
Quiero un vestido nuevo
que me envuelva, como un diario a una palta
como un río planeando su desborde, que me extienda
y traduzca mis negros
sostenes en la blusa, como
—quería envejecer con él,
sin él dejé de envejecer.

El hombre que recuerdo
está pasando y ya no existe,
es quien acabo de dejar sin hijos
en una casa de ventanas
abiertas y ampolletas apagadas.
Él se vacía como su clóset,
se guarda en cajas como su ropa,
carga el camión y es él lo cargado.

Soy la chofer que lo dirige
a un callejón estrecho,
mas la chofer al fin:
no el alacrán que pica al sapo
sobre quien cruza el río,
donde lavé los platos y baldosas.

Es día quince, casi el único
en que no se podía;
hoy baja, compra el diario
y encuentra la demanda.
Lo que persigo y apetezco
es la pérdida, espacio
vacío sin su cuerpo,
que luego del primer silencio
sobre la mesa, fue la mesa.

Cuando mi hijo tiene hambre
observa la piscina.

El Alexander

—Mañana le voy a quitarle el niño —últimas palabras del hijo pastabasero a su madre (i. Los pastabaseros se vuelven locos, me ha levantado las manos dos veces ya ii. Hace pipas delante mío para provocarme iii. Tira en pelotas en el patio iv. Quiso quemar mi casa).

Al crespito centro de la discusión le brillan los ojos,
en ellos repite la hiedra de afuera. Imagínatelo en los cerros,
cómo reflejaría las luces naranjas de la noche:
indistinguibles las casas de las calles de los autos
su anemia de su quiste de su sífilis.

Con fruición toma mamadera
mira los pechos de quien vive con él, su aparente tía (informa sobre ella el Servicio Nacional de Menores, SENAME:
fuerte sentimiento de abandono y soledad / con relaciones instrumentales, no desarrolla vínculos profundos / exagera sentimientos de tristeza).
Igual la tía tiene apoyo, no así la abuela (la de las cuatro citas sobre pastabaseros)
que mira a la ventana cada tarde
alerta para que su hijo no se aparezca.

Soy joven

Soy joven. No soy pobre
porque no tengo un niño.
Los pobres tienen muchos hijos.
La mayoría adolescentes.
Algunos de ellos son fornidos
y la mamá los toca.

—Fue otra época, señora, ¿cómo iba Carabineros a sacar de la casa a un suboficial de la Armada?

Cuando cuenta las infidelidades guardó —sus números de teléfono como ardilla que esconde bellotas para el crudo invierno, las minas se llevaron mucho más que bellotas— ya da lo mismo. Si salió a retiro por golpear a un capitán. Es marino, dice, hasta el día de hoy.

Deseo y aversión al padre ausente

Un deseo de padre, como un perro husmeando a quien no juega
brisca en la Plaza O' Higgins.

Una aversión al padre, como ese mismo perro que ladra, poniendo
ojos de perro arrepentido.

En ambos casos ausente. No es amor
ni es odio: esto se siente por lo que se toca
y al padre ausente sólo se le imagina.

Deseo y otro hijo más. Aversión y de nuevo en cana.

Deseo y aversión para los hijos de mi patria.

Ellos y nosotros

Yo no soy mala leche,
sino una taza de leche caliente
con chocolate amargo.

Firme aquí: mi firma es redonda y fina

Hace justo un año fui testigo contra mi marido por abusos sexuales de otra.

Desde entonces Carabineros ronda por mi casa pues su hermana juró vengarse. Él está preso y así esposado viene a la audiencia de divorcio.

Los niños querían acompañarme para verlo, porque lo aman tanto como yo.

Si me ensucio, ahí no es donde me limpio: me interesa la limpieza del paño.

Me duele ver de pie al gendarme y a espaldas de mi esposo, ojalá nadie pase por aquí.

No quiero rearmar mi vida. Yo me miré al espejo esta mañana y lloré. Vine tarde a la audiencia. Quién sabe si se suspendía, como el almuerzo cuando él no llegaba.

Este cassette toca su vida

Luego de cinco órdenes de arresto
mi mamá invita a mi papá a la casa,
se pone linda, le cocina rico.

Con tres borgoñas y solos
mi papá me confiesa lo que eso indica: que lo ha hecho bien,
que las piernas que abre se mantienen abiertas.

Lo dice porque le conté del viernes:
cinco años sin verla y me tomó la mano.

Este cassette toca su vida
vida que rozo apenas
si con el dedo rebobino.

Mi papá y yo seguimos solos.

Quedarse en casa

El balido de los corderos, de los Carabineros
bajo un cielo color lengua de quien amas al volver del trabajo.
La cordillera prudente como tonada, como óleo suave
del comandante en el comedor de la casa donde almuerza el viajero.
Los Carabineros, pinos que resguardan la blancura de la nieve,
la felicidad que encontramos en el solo balido.
A los que hoy condenan sus palos
de hace treinta y cuatro años, informo:
Ya entonces golpeaba este camarada a su mujer, duro y parejo,
y no cesó al mandarla a la Unidad de Cuidados Intensivos el 78,
ni al alcoholismo el año 80, ni con su depresión actual.
Ni lo medró el escape sucesivo de sus hijos el 81, el 84 y el 86.
Menos iba a cambiar bajo el arco iris de la democracia:
está el marco y falta la foto
la ventana abierta sin la dueña de casa.
Algunas fueron violadas cuando salieron a la calle,
más lo son quedándose adentro, donde no balan los corderos.

Un plato

Cuando uno pasa la temporada sin relaciones sexuales
todas las que tuvo antes, varias de novela
escurren como restos de comida al fregar los platos.

Y ese plato limpio nada dice de los comensales ni de lo cenado.
Nada de su capacidad de contener una sopa o una carne nueva.

Vanguardia

Los jóvenes poetas. Peligrosos
como artes marciales milenarias
en el gimnasio del burgués.

El piso sucio y la luz prendida

Ningún servicio es tan básico, ni la luz ni el agua
y si de noche la ciudad pestañea sus brillos
tanto mejor se ve a oscuras. El ojo se acostumbra a todo.
El viaje en bus durará algunos meses
se habituará a dormir sentado, al pan con jamón y al café,
a ser discreto como un lago
y no como esta lluvia sobre el techo de cinc.
Un poco de baba sobre la almohada
que diga “aquí durmió”
repetirá temas siempre variables
como el clima y su opinión del país extranjero,
porque usted está en contra de la belleza que se note
—que parezca agarrable como un plato:
Andrés lava su auto en un pasaje
de Lima, Monterrey o de Santiago,
su esposa es güera o rubia como un sable—.
El bus, en cambio, es un país donde están de paso todos,
un poco trasnochados y malolientes
donde nadie hace el amor ni en los asientos ni en los baños.

Escuela de Derecho Universidad de Chile

la escuela de derecho			la escuela de derecho
cinco años y un día			cinco años y un día
mientras otros bebían	mientras otros bebían		mientras otros bebían
el vino de los pechos	el vino de los pechos		el vino de los pechos
la escuela de derecho	la escuela de derecho		la escuela de derecho
cinco años y un día	cinco años y un día		cinco años y un día
mientras otros bebían	mientras otros bebían		mientras otros bebían
la escuela de derecho	el vino de los pechos		la escuela de derecho
cinco años y un día	la escuela de derecho		cinco años y un día
mientras otros bebían	el vino de los pechos		mientras otros bebían
el vino de los pechos	la escuela de derecho		la escuela de derecho
la escuela de derecho	cinco años y un día		cinco años y un día
cinco años y un día	mientras otros bebían		cinco años y un día
mientras otros bebían	el vino de los pechos		mientras otros bebían
el vino de los pechos	H A N E N G O R D A D O Y A M I S C O M P A Ñ E R A S		el vino de los pechos
la escuela de derecho	la escuela de derecho		la escuela de derecho
N I B A I L A N E L L A S P E S E A S U S O J E R A S			

Andrés, los peces cambian de nombre cuando los pescan

He comenzado a valorar la prudencia burguesa
cuando alojo en la casa de mi novia
con los carretes del vecino, la radio a máximo volumen,
las peleas, la tele que no apagan,
sobre todo las risas que se oyen al frente.

En mi casa materna hay silencio,
no venden leche ni matraca el gas.

Me reí mucho cuando un ex compañero de colegio
interrumpió mi baile para decir que siempre quiso
darle a mi ex. En otro sitio habría
que pegarle. Los más pobres se ofenden
si no ofrezco los puños. Si no los llamo, juran ley del hielo.

Como éste es facho, brindaría si al fin le confesara:
todos los resentidos que conozco
se enamoran
de la primera cuica que los pesca.

Mis catorce

Agarraban un sapo y lo metían

con cuidado en la bolsa.

Crujía divertido
cuando ellos lo pateaban.

Bocinazos

El bandejón central, uno pequeño
para Ciudad de México, soporta a duras penas las dos calles,
como un hombre que carga un balde de agua en cada hombro.

La que sería su cabeza
recoge a un niño que dibuja
a otro niño en su cuaderno.

Merlina

Merlina, su camión dice Merlina
y ambas esposas en Guadalajara
creen que es por la niña de Los Locos Addams.
Claro, se enamoró de ella
antes que de la línea de las autopistas
que continúa sobre el escritorio
y en la pelusa de Merlina, la boricua de Houston.
Que ni siquiera llama interrumpiendo a la noche en su crujido
de catre de camión, en sus luces apenas y en su blanda
consistencia de catre de camión,
como las otras que se ríen y lo conocen demasiado
para trancar la puerta del negocio.
Las que saben por qué bautizó así su máquina
y le ruegan a Fátima que un día
ese camión se llame como ellas.

Distrito veintitrés

17

Del barrio alto somos todos castos
a menos que una puta nos desvirgue,
porque en el barrio alto sólo olemos
a las muchachas rubias de estos pastos
que han de ser vírgenes según su dios.

25

Me eligió la más linda y no sé resignarme
a la buena fortuna, mi fracaso radica
en que no puedo amarla. Mis amigos se casan.

Lisette en el matrimonio de su hermano chico

Que eligiera la lámpara o su iluminación
o que entre el fuego y su calor
el agua y la humedad
quedara sólo una: la caricia o su alivio.
Él era dado a las opciones y yo siempre debía perder poco.
Esta vez quise hacerme

la loca con el ramo.

Metí conversa a quien pasara cerca
mientras la orquesta preparaba el rito.
El segundero ya no salta en cada segundo
este reloj desliza el skate
por mis cincuenta y siete

años soltera.

Jamás pensé que corearían mi nombre
todas las horas de vestidos, peinados y pinturas
que suman las que llevo haciendo clases
y quieren que me case, que cubra con las flores
el hoyo de esta trampa.

Lisette en pijama

¿No desperté ayer también este mismo día? ¿se adelantó la hora o dormí justo una más después de la alarma? Anoche los zancudos ¿o uno solo? me impidieron soñar otro resumen de lo que soñé en la semana. No sé cuántos días han pasado, a lo más parece uno largo, pueden ser varios, que ya me haya bajado del bus del orden y no valga la pena hacerlo. ¿Hace cuánto no descorro las cortinas que alguna vez fueron de color petróleo? Me levanto ¿me acosté antes? como si viera por los ojos de otros, no recuerdo, ni ya me creo, lo que fui. Buscaré a alguien que me cuente anécdotas que hayamos compartido, pues estoy cada vez más segura que nací en esta pieza, que lo primero que vi fueron estas cortinas cuando eran de color petróleo y que sólo su decoloración me indica el paso del tiempo y la presencia en algún momento de un sol que las destiñera como al diario que tomé al revés una mañana a esta misma hora, hacía como que leía copiando a mis padres, entre mis padres en una cama que no parecía tan ancha como ésta.

Polaca

De un pasado dudosamente noble
como todo pasado noble. Modzelewska por padre,
Wyrzykowska por madre. Es huérfana y de quince años,
mil novecientos treinta y nueve:
pide pega en la industria intervenida.
El patrón frisa los cuarenta, arrancan
juntos a Viena por los rusos. Por los celos de Müller cae presa,
acusada a los nazis para casarlo con su hermana.
Son más de tres los meses. La liberan los gringos, camina días a
Salzburgo
y en la plaza tras una alarma ve correr a su jefe. — ¡Papa!, chilla.
Se casan a escondidas para que nunca la bese en la boca.
Doméstica de su cuñado, duerme en la pieza de servicio
tal como en Chile. Donde trajo a Goethe
y un par de pilchas, para hacer del barquito de pesca
uno con capitán y marineros.
Un hijo. Viuda. Gatos. Perros. Pájaros
que huelen como ella o viceversa.
No está ni ahí con ver a sus nietos, le reclama mi padre.
Toco el timbre y no suena, grito y no responde,
seis perros gordos y furiosos ladran sobre la reja.

1 A. M.

Por esta lluvia
quisiera estar aquí
ahora mismo.

Las sillas boca arriba sobre mesas vacías

Me enamora la mesera,
soy una espiga de trigo
doblada en su ventolera.
Aunque cubra los pezones,
su camisa de franela
sólo existe en el espejo.
Pantalón a la cadera
bajo huesos que se asoman.
Yo me ahogo dentro de ella:
un combinado de naves
quemadas en sus peceras
castañas de ron cubano.

Hemos comenzado, observa,
a sentarnos para siempre
solos y en la misma mesa.
Quedándonos por un sorbo,
no vaya a ser que se pierda
—me siento el niño agachado
en busca de las monedas
que a nadie se le cayeron—
tras su fumadora espera
viéndose entre las rendijas,

mientras boca arriba cuelgan
estas sillas que ha tomado
junto al barman que la besa.

6 A. M.

Ya vendida la noche
el sol es la moneda huacha
que acaba las apuestas.

Dos horas diarias



Las humitas

A la naturaleza le recortaron presupuesto.
Con espejos tendrá que simular una amplitud de restaurantes chinos
y toca lo terrible. Verse el lomo encorvado,
preso de nuca que parecen caras.

No se requiere más que el dorso y el reverso
del delantal que ensucio cuando limpio esos vidrios.
Falta un cristal de suelo para hacer del motel la nuez
en que no cabe más que uno. Me acuesto solo y enemigo,
colección de muñecas rusas
o figuras que trazo cuando uso el teléfono.

El comercial de un detergente de los años ochenta
con espanto reitera todo hacia lo pequeño.
Bastan los moldes. Hasta el estallido,
te digo ruinas del temblor que nos dimos anoche,
es copia de una copia: patear mundos de cuero al sol del poste
y transformarlo en agujero negro.

Del agujero negro al sol, del mundo hacia la pierna
y la madre que la crió. A manera de niño rico,
en quien la luz se refracta,
el universo es finito
y enrosca sobre sí mismo.

La jornada

(Con mis cuarenta y cinco horas, años)
huelo a Cindy cocinando almuerzo

y salgo de mi casa tarde
viviendo el anteayer, el día.

Por las noches caliento un plato
que ya no tiene aroma.

La jornada (no hay primera sin segunda)

Estamos envejeciendo con la casa
cada pieza a que se entra puede reconocerse
por el olor de su alojado.

La mesa tiene otros comensales,
traen maletas llenas de —llueve porque ellos quieren lluvia,
llevan la rienda suelta y no se caen de los caballos que inventaron:
esta casa no estaba aquí anoche—.

Mi padre nunca fue dueño de nada
y el agua que ponía en la maleta
la sacaba de un lago
que no aparece ya en el mapa.

Me aburre el Marco con sus cumbias

Con sus cumbias a todo chanco
a todo chanco los domingos
cuando no barre la basura
que la tres cuatro tres bota
antes de irse con su mina
afuera de la micro adentro
él cree que no sé no supe
que al niño lo dejamos zeta
después que repitió de curso.

Ofrece ayuda un cabro lindo
nos invita de pura pena
a ver monitos en el cine
sexo no por el niño casi
parecía un hotel las luces
sobre su cara y sus ojazos
comimos donde yo limpiaba
le conté a todas las vecinas
con pan y lujo de detalles
para que el vuelco de esa noche
no pueda nadie deshacerlo
como un mojón bajo la lluvia.

La graduación del hijo

La lluvia cae sobre un padre que entra a un local (comida rápida),
ayer también vio el agua caer sobre los negros y latinos.
Piensa —los gringos construyeron
ciudades que no habitan—.

Cuando el sol se esconde empieza la quemadura.
Los agujeros en su piel como los del cerro en Potosí
acusando el socavón y el saqueo. El espacio
que dice —falta algo— marcas
que son siempre de adolescencia, minas
a rellenar con plata o viceversa.

1985
pero gritó su nombre con ese acento gringo
y él subió la persiana, sonrió con la mano
detrás del mosquitero. No le tiró piedritas,

Una mujer y un hombre por la noche
con la comunidad oyendo
son uno (esa vez) y eso da visa
de inmigrante que paga
el pie
de la casa inmigrante
que paga cada cuota

de la casa inmigrante
que dice sí y no vuelve.

1995 (A los estadios.)
Un día libre a la semana y lo transa en el mall,
mejor que hojear el diario por un trabajo que no busca.
Ya distingue el olor a viejo,
como catando, del olor a pobre.
Acá no es muy distinto (sin el Chile
de cobre, las espuelas, lapislázuli).

No dan kilometraje los kilómetros
ni aun durante el coito se puede ser el otro
(ni menos esos otros:
no somos animales somos homosexuales,
mujer que se organiza no plancha más camisas,
de la sala de clases a la lucha de clases,
etcétera).

2005 La graduación del hijo
es una fiesta grande y viajan todas.
Desde el bus se calculan las miradas,
saben: se acostarán con uno y deben
decidir cuál. Es tarde en el semestre
y el cuerpo acepta cualquier cosa bajo
el vaivén del licor y el buque, como
cuando es tarde en la vida y se acepta
jamás besar a otro que el marido.

Su mujer ha enfermado últimamente,
transpira cuando bailan

y prefiere quedarse en casa,
como la trilladora que no pudo vender
el verano pasado.

Jorge: jardinero, parque Gómez Rojas

Junto las hojas con rastrillo
como sus manos juntan mis papeles.

La carretilla, pala y bolsa roja,
variantes de la bolsa de basura

donde van a parar mis fotos.
La limpieza del parque y de lo nuestro:

la sombra de uno la agrandaron
las ramas de los árboles.

Sonríen bajo el polvo los muñecos
que hizo a escala de nosotros, feria

artesanal, pidiendo que los bañe.
Separo sus camisas sin rajarlas,

tomados de la mano: lavadora.
Aunque ya nos había dividido,

por vez primera la limpieza
nos descosió en harapos.

9 P. M.

Como un bonsái
aún puedo serle hermosa,
pero pequeña.

Quedarme afuera de mi propia casa justo cuando pensaba construirla

Abren cervezas con las cerraduras
de la escuela y yo ni con llave nuevo
este cerrojo. Traigo las murallas blancuchas de mi pieza
nada de fotos de mujeres que se despiden y desean suerte,
renunciando a los triunfos conyugales.

Quedarme afuera de mi propia casa
justo cuando pensaba construirla,
cansado y a las dos de la mañana
lo intento y ya ninguna llave gira.

Ninguna llave gira por el frío
que generan los malos ratos: viajar solo y de noche
como en Cacocum, Cuba; de donde me sacaron a piedrazos
cuando salté la reja del que creí el motel y no lo era.

Igual a un detenido: las manos detrás de la nuca,
pero esa sombra forma un ojo. Hablando solo como niño pobre
y decidido como las mujeres que publicitan universidades,
muñecas cuya ropa perdió la hermana de ese niño:
juro que ni embajada ni en su vida

volverá a verme y menos sin frazadas, durmiendo a la intemperie.

Quedarme afuera de mi propia casa y sin el dios a quien le recé al
perderme

cuatro horas en bosques del Llanquihue
otro catorce de febrero.

Twine

Compra un disco compacto por la mujer desnuda que sale en la
portada.

Un pecho oculto por el precio, su hombro detrás del precio antiguo.

Con sus uñas los raspa, descubriendo ese cuerpo blanco

como quien quita con espacio de semanas las prendas de su primera
novia

ajando un poco ésa o esta cajita de cartón. Se aparece completa,
del pecho al hombro observa las estrías causadas por sus dedos.

El sueño de la casa propia

La vieja dijo clarito
—la casa es mía y yo mando
duermen solos, cuidadito
si no se me van cascando.

Y va a seguir de sapa
después de muerta,
aunque le ponga llave
a nuestra puerta.

A nuestra puerta, sí
tremendo atado
andar por esta vida
como allegado.

No prendo ni las teles
de los moteles.

Garrapatas

Nuestro perro ha soltado garrapatas
porque nunca peinamos su pelaje
que es una canaleta llena de brotes
un concierto de tarros y goteras
el brillo de las luces en los troncos
las hojas adheridas a la gota
como Cindy Solís a su marido
como las madres a la casa grande.
La gota haciendo un hoyo en la calzada.
En la comuna no hay veterinarios
que lo atiendan. Lo armamos a mordiscos
un hueso acá y allá la carne oscura
que comía ladrándole a los taxis
que también erosionan la vereda
o bien ganando la guerra de cojines
en una pieza ajena como parque
donde la alfombra era pasto seco
para rascarse el lomo y yo rajaba
las cubiertas. Las plumas se esparcían
como sonrisas en el piso. Tose
mi radio y no se apaga si está muda.
Cuando prendo la luz del escritorio
da un eco igual al segundero insomne
en el reloj insomne de la pieza.

Apoyado en la almohada sin las plumas
busco algo en su casa mientras duermen
las garrapatas que mata el mechero
pero al incendio sobreviven gordas.

Se despierta gritando. Su hermanita
hizo lo mismo anoche y garrapatas.
Nuestra primera pieza la quisimos
arrendar el domingo dormir juntos
y despertarme con sus manotazos
arrastrándose el lado como un perro
con garrapatas hacia la almohada
para sacarse al Migue que me tiene
que la pillo con otro que sus padres
se divorcian que engaño con las cuentas.
Para la mala suerte de este barrio
no me quedan agujas que la zurzan.
El perro ya no suelta garrapatas
los gusanos acaban el almuerzo.

Jorge: Santa Teresita 2828

Como dos muebles viejos por abajo
unos de playa: casa abandonada
a la acumulación de restos (papel de ricolate, cuescos, tierra)
y a hundirse en la maleza que sube por sus rocas;
decía —como muebles viejos, dos, por abajo
que nunca más barrimos
jurando que el olvido no juntaría mugre.

Como aquel judío

Que otro me prestó este cuerpo, sabrá que lo devuelvo ajado
si no lo olvido en el estante, si es que recuerdo quién fue el dueño:
la primera edición de cuajo la destrozó mi santa madre.

Porque mi cuerpo lo creí de otra, me fui del barrio, hijo pelilargo
de un dios latifundista y vengativo. No dejaré que la nostalgia juegue
Pepito Paga Doble más conmigo.

Y si uno es su cuerpo, desplomarse no es breve:
 el aire es quieto y clava un poco de aire
en los pómulos, pero en las orejas
 hunde estacas, más que los aros,
 como el escalofrío de la línea de besos
que allí comienza y termina en el cuello, la sucesión
 de hormigas hacia algo que sospechan dulce,
 mil veces en cada una de las puntas y el frío
que aunque no parezca, es esto una caída
 y si no fuera por la niebla, jamás habría visto el aire
el pavimento que debiera tener un espejo
 donde mirar a aquél que es uno mismo
para el último abrazo.

Aún juego con los tacos de mi madre y no alcanzan el ritmo de su partida, que cuenta con los dedos. Con las heridas de los dedos pinto unos cuadros que compran a buen precio quienes me las hicieron —con todas las semanas que me dejarás sola cerrarán estas nuevas llagas. Mientras las lacrimógenas caen como el rocío, y no recuerdo cuántos comenzamos, jugamos a engañarnos. Pongo ojos de cuándo volverá mi turista y cada noche me despierto en serio, con la esperanza de jamás volver. No puedo hacer el amor entre muertos —no era a ti a quien buscaba como una ardilla caminando por el tendido eléctrico.

Él se vacía como su clóset, se guarda en cajas como su ropa, carga el camión y es él lo cargado. Indistinguibles las casas de las calles de los autos, su anemia de su quiste de su sífilis. Los pobres tienen muchos hijos debajo de los focos de la calle o las estrellas, si le basta la luz azul de la tele que prende al esperar a mi padre. Y al padre ausente sólo se le imagina. Desco y otro hijo más. Aversión y de nuevo en cana. Yo no soy mala leche. Si me ensucio, ahí no es donde me limpio: me interesa la limpieza del paño. Mi papá y yo seguimos solos, está el marco y falta la foto, la ventana abierta sin la dueña de casa. Y ese plato limpio nada dice de los comensales ni de lo cenado.

Como artes marciales milenarias en el gimnasio del burgués, el ojo se acostumbra a todo: han engordado ya mis compañeras, el traje de dos piezas no les baila, ni bailan ellas pese a sus ojeras. Todos los resentidos que conozco se enamoran de la primera cuica que los pesca. Crujía divertido para Ciudad de México, se enamoró de ella antes que de la línea de las autopistas que continúa sobre el escritorio y en la pelusa de Merlina. Mis amigos se casan y quieren que me case, que cubra con las flores el hoyo de esta trampa. Una cama que no parecía tan ancha como ésta. Un hijo. Viuda. Gatos. Perros.

El cielo es más pequeño

que los rascacielos

Ahora mismo me siento el niño agachado en busca de las monedas que a nadie se le cayeron. El sol es la moneda huacha que acaba las apuestas. Horas diarias: no se requiere más que el dorso y el reverso del delantal que ensucio cuando limpio esos vidrios. Por las noches caliente un plato que ya no tiene aroma, estamos envejeciendo con la casa. Comimos donde yo limpiaba —los gringos construyeron ciudades que no habitan, por vez primera la limpieza nos descosió en harapos. Aún puedo serle hermosa, pero pequeña.

Como las mujeres que publicitan universidades, como quien quita con espacio de semanas las prendas de su primera novia: sí, tremendo atado andar por esta vida como allegado. Para la mala suerte de este barrio no me quedan agujas que la zurzan como muebles viejos, dos, por abajo, que nunca más barrimos, jurando que el olvido no juntaría mugre. Y si uno es su cuerpo: el cielo es más pequeño que los rascacielos. Sus ojos llorosos cuando el barco zarpaba, esconde mi estructura. Siempre fui igual y preferible al severo Miguel que un día dirá —fui todo, nada vale la pena.

Como si el resto de la vida no fueran ramas, piedras puestas por otros sobre el cartel que dice —no pisar: confirmar eliminación de archivos o dulces de una piñata, como una mesa puesta con gusto para el enemigo. Cuando las cosas se destiñen el color sigue en ellas: no hay nadie quien me asista, deja de ser mi cuerpo lo que foco y no siento pisadas. Hay un museo en su interior. Yo quiero subir una escalera que recorra los espacios vacíos de su cuerpo para la salvación de la humanidad. Sus mustos contra el pecho esperan un portazo. Tiritia el vidrio como dos ojos que resisten algo.

Gema en Montevideo

Sus ojos llorosos cuando el barco zarpaba.
No había familiares en el puerto, no era ése su país.
Ella puede ser el mío luego de ese gesto.

10 P. M.

Ella es la noche y yo un rascacielos en la noche:
pincela mis ventanas de amarillo
esconde mi estructura.

Ritos de paso

Andrés repasa mentalmente lo que Miguel recién le dijo:

—Cuatro son las amigas de tu novia
en su primer trabajo. De veintiséis son justo esas cuatro
las que tienen jardín—.

Brillante como escupo sobre escarcha.

Miguel dice que todo lo que soy es anterior a que naciera,
que con saber el sueldo de mi padre, podría haber predicho
los invitados a este cumpleaños.

Nada me constituye, y si lo hay, no cambia a los presentes
que visitaron Cusco y Memphis con sus papás, pero encontraron
a su mujer en el colegio.

Yo no la conseguí allí, sino como gerente

y por eso llevamos cinco años y no diez en el cine.

Agrega que a mi matrimonio no irá ninguno de los pobres que ayudo,
ni los que ordeno como cartas de bridge o futbolistas de consola.

Ni yo, ni nadie que frecuente, ha decidido algo alguna vez.

La crueldad con que me juzga no tiene nombre
y por eso la olvido. Siempre fui igual y preferible
al severo Miguel que un día

dirá —fui todo, nada vale

la pena.

Justin Billy, kwakiutl

No es la serpiente con sus dos cabezas
el animal que me asignaron:
es uno triste y yo debiera serlo.

No fue animal, fue un sol, pero uno triste.
Las bisabuelas se lo eligen al mayor entre los bisnetos,
lo bordan en su manto, marcándole el carácter.

Y que si no me importa ser un hombre
mejor que no lo sea,
como el que convirtieron en pescado.

Antes de ir a los trece al bosque
era tan optimista
que llamé encendedor al cenicero.

Allí no tuve nada de eso: piedras
y ramas cuatro meses. Como si el resto de la vida
no fueran ramas, piedras puestas por otros.

Me convertí en adulto, dicen. Soy ateo en mi casa.
En la oscuridad de los bosques, con mi manto de sol oscuro,
fui a lo menos agnóstico.

Los antiguos veían el futuro,
así cuando conozco a los mamíferos
no me importa de donde vengan, sino hacia donde van.

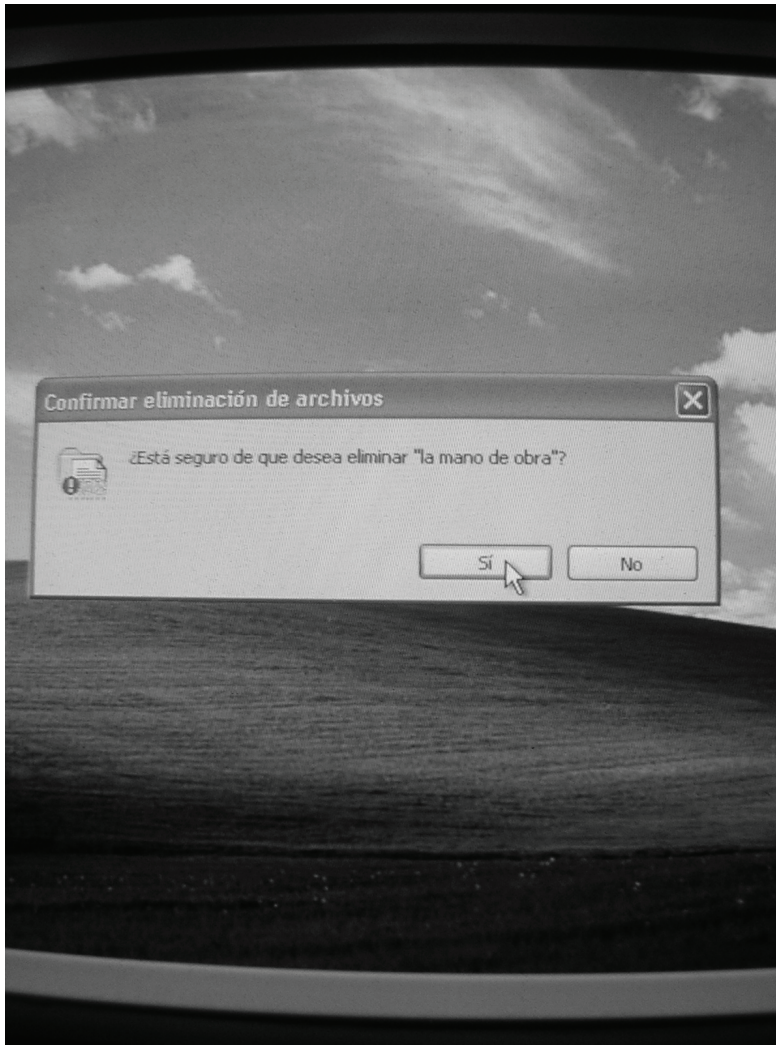
Cuando vienen de bosques más salvajes
repiten como loros su discurso:
—mejor nos cuentas de lo que conoces.

¿Y cómo saben ellos qué conozco?
¿Implican conocer de lo que hablo?
Hablo sin emitir sonido, como las tundras.

Era feliz mirando los patos en el lodo,
hoy soy el profesor de un ramo
al que no va nadie.

Copán ruinas

Piso el lado de quienes gritan —directo a Tegucigalpa, súbase amigo—
cuando van a San Pedro Sula,
y el billete de cincuenta lempiras es el delgado espejo
en que también se miran
los transados, que bajo tierra observan
sus efigies rodeadas de un cordel / y de turistas gordos
pagándole a un picante / sobre el cartel que dice —no pisar.



Las prendas

Retira cada una de sus ropas
como una gata botaría muertes
un helicóptero tirando cuerpos
al mar y acunan como el mar parecen
medusas entre las olas
o dulces de una piñata.

Leña del árbol caído

*“—Cuando florece el aroma
comienza la primavera—
él decía, y vieras cómo,
al conocerme soltera”.*

Este aroma del litoral
no es un hombre gallardo como alerce.
Crece chueco siguiendo nuestras palmas
y en la pichanga cedería con cancha, tiro y lado,
como una mesa puesta con gusto para el enemigo.

Lissette: podar arbustos si es que soplan al viento,
palanqueando las hojas con el hacha
para que algo de luz llegara a la casona.
Ni se acercó al aroma viejo,
un poco desolado, pero al sol finalmente.

El ritual de las luces del teatro
que cubren los arbustos
es una sala a veces muy pequeña al fondo de las sillas
o escobas que abandonan
al aroma vecino.

Lissette está orgullosa de su fuerza
días ya que no sale a caminar por fuera del teatro.

Aunque destruirán su techo las termitas,
como burguesa, llama paz al punto
de la guerra en que va venciendo.

Y cada vez que palpa la madera crujiente
sabe que ésta quebrará más temprano que tarde
por mucho que demoren las termitas.
Despierta en la mañana un golpe seco
y los cincuenta años del aroma, su diámetro de un metro

donde escalaba cuando chica,
–gritos, pulmones llenos de mar, sales–
sus ramas en el suelo, dos casas más allá.
Un árbol que decide suicidarse a horas de podarse los arbustos
en el primer invierno que Lissette pasa en la casona.

El tronco que se ausenta
de la pronta memoria que tendremos del patio,
bajo los rayos claros
y frente a la pared blanca de esta fachada:
baja el telón, porque no puede verse.

Se amarra la mañana al cuello.
La nuez moscada sólo hace olvidar la alergia,
como la plumavit del avioncito la gravedad. Querida
Lissette (Miguel, Andrés, bien Jorge, Brenda o Cindy):
siempre que se va es como si escapara.

Las plumas de los pájaros

Nuestras mujeres gustan de las flores y el hielo,
que sólo se derrite en otras manos.
Quieren al día helado porque pasa,
se sientan a observar su deterioro
de violetas en agua
amando el devenir, mas no las flores
y en el batir de alas, adónde queda el ala,
el árbol de damascos que en su exceso de frutos
se quiebra cada noche, las patas de los pájaros
en la arena rasgada,
nuestras mujeres gustan del dinero,
que esboce la caída del agua sobre el cuerpo
y por las tuberías se disuelva
como el azúcar en el té. Susurran
—cuando las cosas se destiñen
el color sigue en ellas—
y el viento hace bailar a tres mujeres,
son los vestidos sobre la rejilla del metro
tres carpas de gitanos que abandonan su tierra,
se levantan y dicen —desconfía en lo eterno.

Miguel, cinco mil metros y ese parche en el ojo

1

Yo siempre fui fondista
troté en los campos y ciudades, pero
jamás sobre la pista:
tanta vuelta y esmero
cansan. La dejo porque fui soltero.

He perdido la vista
compitiendo y no llego más primero.
No hay nadie quien me asista
pues por un medallero
de mujeres, corrí sin la que quiero.

2

En todas partes soy un extranjero
al que le juegan bromas las más solas.
No sé si alguna vez tuve un orgasmo
ni si fue eso lo que hallé en las damas,
olvido el nombre que tumbé en sus camas
y al evocar sus cuerpos fijos, pasmo
mientras un padre apunta sus pistolas
por desvirgar a Brenda aquí en Guerrero.

3

Mi esposa me llevaba a los teatros
a enamorarme de la actriz,
ella aspiraba a ser como el albatros
de un marinero sin cerviz.

4

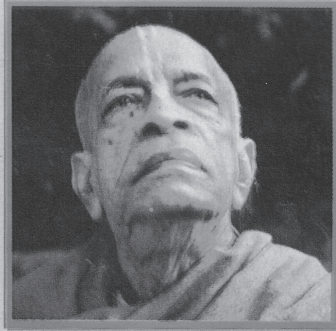
Ella es la jardinera de este parque
y no tiene escalera para arbustos.
Los empareja hasta dos metros justos,
luego crecen sin nadie que los marque.

Salar

Sal de mesa. La piel granula
con el leve respiro el cuello
que se aparece sobre las poleras
horribles que te pones debajo si hace frío.
Dados de sal. Estatuas que confían
(en todas las pestañas de los ojos cerrados
tejiendo los cáñamos del lago en
que un viejo agarra un pez para su hijo)
que el frío se mantenga para ocultar la ropa.
Pero aclara.

Bryce

Me cepilla las venas por adentro la música:
líneas azules, sol que curte las manos secas.
Quiero estar fuera del vehículo,
el cuerpo nos conduce por una carretera
y deseamos dejarlo
quedarnos en la carretera (mi voz es tan ridícula)
sin la carretera.



SRILA PRABHUPADA

El ex primer ministro de la India, Sri Lal Bahador Shastri, dijo: Swami Prabhupada ha hecho un servicio muy valioso y sus libros son una importante contribución para la salvación de la humanidad.



**Templo de Sri Sri Goura Nitay
Av. Caracas N° 32-63, Bogotá**

Somos o no somos hermanos

Somos ocho en la pieza.

Tengo catorce años y duermo con mi hermana.

Sus muslos contra el pecho esperan

un portazo. Tiritita el vidrio

como dos ojos que resisten algo.

A veces junto mis pestañas y las abro de golpe

para que se descuide nuevamente.

ÍNDICE

Presentación	5
Arboles en Quezaltepeque	7
Mantra	8
Las manos blancas de Miguel en Brenda	9
Un muro es un muro aunque le pinten flores	13
Speak no evil	14
Las patas de los pájaros	15
Brenda en el bus pirata	16
Jorge: sostenes, zapatos	17
Tres cajas vacías	19
Diagonal	22
Cindy Solís, californiana	23
El filo se esconde en la mudanza	25
El Alexander	27
Soy joven	28
Los bienes han de ser de mi madre	29
Deseo y aversión al padre ausente	31

Ellos y nosotros	32
Firme aquí: mi firma es redonda y fina	33
Este cassette toca su vida	34
Quedarse en casa	35
Un plato	36
Vanguardia	37
El piso sucio y la luz prendida	38
Escuela de Derecho Universidad de Chile	39
Andrés, los peces cambian de nombre cuando los pescan	40
Mis catorce	41
Bocinazos	42
Merlina	43
Distrito veintitrés	44
Lisette en el matrimonio de su hermano chico	45
Lisette en pijama	46
Polaca	47
1 A. M.	48
Las sillas boca arriba sobre mesas vacías	49
6 A. M.	51
Dos horas diarias	52
Las humitas	53
La jornada	54
La jornada (no hay primera sin segunda)	55

Me aburre el Marco con sus cumbias	56
La graduación del hijo	57
Jorge: jardinero, parque Gómez Rojas	60
9 P. M.	61
Quedarme afuera de mi propia casa justo cuando pensaba construirla	62
Twine	63
El sueño de la casa propia	64
Garrapatas	65
Jorge: Santa Teresita 2828	67
Como aquel judío	68
El cielo es más pequeño que los rascacielos	69
Gema en Montevideo	71
10 P. M.	72
Ritos de paso	73
Justin Billy, kwakiutl	74
Copán ruinas	76
Confirmar eliminación de archivos	77
Las prendas	78
Leña del árbol caído	79
Las plumas de los pájaros	81
Miguel, cinco mil metros y ese parche en el ojo	82
Salar	86

Bryce	87
Srila Prabhupada	88
Somos o no somos hermanos	89

Enrique Winter (Santiago de Chile, 1982). Publica *Atar las Naves* en 2003, un anticipo de *Rascacielos* de 2006 y, prontamente, traducciones de Philip Larkin. Integra discos, revistas y antologías como *El Vértigo de los Aires: Poesía Latinoamericana (1974-1985)* en México y *Hofstra Hispanic Review* en Estados Unidos (2007). Es traducido parcialmente al portugués y al inglés. Recibe el primer premio del “XI Festival de Todas las Artes Víctor Jara” (2003) y el premio Concurso Nacional de Poesía y Cuento Joven. 2010; ha sido merecedor de las becas de la Fundación Pablo Neruda (2002), del Premio Mustakis-Biblioteca Nacional (2003) y del Consejo del Libro y la Lectura (México 2005 y 2008; Buenos Aires 2011) y como *Skyscrapers* (Nueva York, 2013). Algunos de sus poemas están acompañados por videoclips autoría Winter-Planet. Es editor de Ediciones del Temple y abogado, reside en Valparaíso.

La Venganza de Moctezuma: se le llama así al precio que debe pagar el turista en México y se traduce en problemas digestivos que normalmente se manifiestan en diarrea, acompañada de fiebre, náusea y vómito. Para evitarla usted debe comprar agua embotellada. Hará bien si también utiliza agua mineral embotellada para lavarse los dientes. Recuerde asimismo mantener su boca cerrada mientras se ducha. Coma en establecimientos que sean de garantía. Opte por frutas que puedan pelarse y, preferiblemente, pélelas usted mismo. Lave sus manos antes de comer, y si no fuera posible, utilice algún tipo de higiene de manos. Si desea evitar a toda costa los problemas y trastornos gastrointestinales tendrá que seguir bastante a rajatabla estas recomendaciones. No obstante, nuestro consejo es que no se obsesione con el tema hasta el punto de no disfrutar del viaje. México es un gran país que merece la pena verse y disfrutarse sin muchas reservas...

Rascacielos se terminó de imprimir en febrero de 2017 en los talleres de **Literatura y alternativas en servicios editoriales S. C.**
Av. Universidad 1815 C-205, Col. Oxtopulco,
Coyoacán, Ciudad de México, 04318.